



Caperucita Roja

4 Érase una vez una niña encantadora a quien todo el mundo quería, pero sobre todo su abuela, quien no encontraba cómo complacerla. En una ocasión le regaló una caperuza de terciopelo rojo. Resulta que la niña se veía tan bien con ella que todos los días y a toda hora quería usarla; así que desde entonces la llamaron Caperucita Roja.

Un día su madre le dijo:

–Ven Caperucita, toma esta torta y esta botella de vino. Llévaselas a tu abuela. Está débil y enferma, y esto le hará bien. Sé muy amable y dale mis saludos. Compórtate bien en el camino, no abandones el sendero, pues si te caes, la botella se romperá, y entonces no tendrías nada para llevarle a tu abuela enferma.

Caperucita Roja prometió obedecer a su madre. La abuela vivía en el bosque a media hora del pueblo. No bien Caperucita se adentró en el bosque un lobo se le acercó. Ella no sabía lo malo que era ese animal, de modo que no sintió miedo.

–Buenos días, Caperucita Roja.

–Buenos días, lobo.

–¿A dónde vas tan temprano, Caperucita?

–A casa de mi abuela.

–¿Y qué llevas en el delantal?

–La abuela está enferma y débil, así que le llevo torta y vino. Ayer horneamos y con seguridad que le sentará muy bien.

–Caperucita, ¿dónde vive exactamente tu abuela?

–Su casa queda a no menos de un cuarto de hora de aquí, en el bosque; justo debajo de los tres árboles de roble. La casa tiene un seto de castaños. Con seguridad que conoces el lugar –comentó Caperucita.

El lobo entonces pensó: “No cabe duda de que aquí tengo un buen manjar. Sin embargo, debo proceder con cautela”. Así que dijo a la niña:

–Oye Caperucita: ¿has visto los capullos que florecen en el bosque?, ¿por qué no les das una mirada? Con seguridad que tampoco has oído los cantos tan lindos de los pajaritos. Caminas como si estuvieras yendo a la escuela. ¡Ay, qué bellezas las que se ven en el bosque!

Caperucita Roja abrió los ojos y vio cómo el sol se colaba por entre los árboles, y cómo el suelo estaba cubierto de flores; entonces pensó: “Si llevo un ramo de flores a la abuela se alegrará mucho. De todos modos aún es temprano y volveré a casa a tiempo”. Así que se apartó del camino y se puso a recoger flores. Cada vez que cortaba una pensaba que un poco más allá encontraría otra más bonita, y corría tras ella, adentrándose más y más en el bosque. El lobo en cambio corrió derecho a la casa de la abuela y tocó la puerta.

–¿Quién llama?

–Soy yo, Caperucita Roja. Te traigo un pastel y un poco de vino. Ábreme la puerta.

–Baja el picaporte. Estoy demasiado débil para levantarme.

El lobo bajó el picaporte y la puerta se abrió. Entró en la casa, se dirigió a la cama de la abuela y se la comió. Luego se vistió con la ropa de la abuela, se puso la cofia, se metió entre la cama y cerró las cortinas.



Entretanto Caperucita había estado recogiendo tantas flores como fue capaz de cargar. Sólo entonces se dirigió a casa de la abuela. Cuando llegó se encontró, para sorpresa suya, con que la puerta estaba abierta. Entró a la sala y encontró todo tan extraño que pensó: “Dios mío, ¿por qué estoy tan asustada? ¡Siempre me he sentido tan bien aquí!”. Se dirigió a la cama y describió las cortinas. La abuela estaba acostada con la cofia cubriéndole la cara; tenía una mirada tan extraña. Entonces Caperucita le dijo:

–¡Ay, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

–¡Para oírte mejor!

–¡Ay, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

–¡Para verte mejor!

–¡Ay, abuela, qué manos tan grandes tienes!

–Para cogerte mejor.

–¡Ay, abuela, qué boca tan grande tienes!

–¡Para comerte mejor!

No bien terminó, saltó de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja.

6

Una vez el lobo se comió su manjar, se metió de nuevo en la cama, se quedó dormido y empezó a roncar fuertemente. En ese momento pasaba un cazador, a quien le pareció muy raro que la abuela roncara de ese modo, así que decidió echar una mirada. Entró al cuarto y allí se encontró con que en la cama de la abuela se hallaba el lobo al que buscaba desde hacía tanto tiempo. “Se ha tragado a la abuela, pero es probable que ella todavía pueda salvarse. No le dispararé”. Tomó pues unas tijeras y empezó a cortarle la panza al lobo. No había dado más que unos pocos cortes cuando alcanzó a ver la caperucita roja. Cortó un poco más, y la niña entonces saltó y gritó: –Ay, qué asustada estaba. Qué oscuridad había dentro del lobo!–; y luego, también la abuela salió viva.

Caperucita buscó entonces unas piedras muy pesadas, y con ellas relleno la barriga del lobo; así que cuando el lobo se despertó, trató de salir corriendo, pero las piedras eran tan pesadas que se cayó y se mató. Y entonces los tres se pusieron muy felices. El cazador le quitó la piel al lobo y se la llevó. La abuela se comió la torta y se bebió el vino que Caperucita había traído; y Caperucita pensó para sus adentros: “Jamás en mi vida volveré a apartarme del sendero para meterme al bosque cuando mi mamá me lo haya prohibido”.





También se cuenta que en otra ocasión Caperucita Roja tomó unos pasteles para llevárselos a su abuelita, cuando otro lobo se le acercó y le insinuó que abandonara el camino. Pero Caperucita no le obedeció sino que siguió adelante, camino de la casa de la abuela. Le contó entonces que se había topado con el lobo, que él la había saludado muy amable, pero que en su mirada había algo pavoroso.

–De no haber estado en medio de un camino por el que transita mucha gente, me habría comido.

–Ven –dijo la abuela–; cierra la puerta con el picaporte, de modo que no pueda entrar.

Un rato después el lobo tocó a la puerta y dijo:

–Ábreme abuela, soy Caperucita Roja y te traigo unos pasteles.

Adentro nadie le contestó, ni mucho menos le abrió la puerta. El lobo dio entonces varias vueltas alrededor de la casa, hasta que al fin decidió saltar al tejado. Esperaría hasta cuando Caperucita saliera de la casa de la abuela esa noche para ir a la suya; entonces la seguiría, y cuando estuviera muy oscuro se la comería. Pero la abuela adivinó sus intenciones.

Al frente de la casa había una gran artesa de piedra; entonces la abuela dijo:

–Toma un balde, Caperucita; ayer estuve cocinando unos chorizos. Trae en el balde el agua en que los cociné.

Caperucita estuvo pues cargando agua hasta que la gran artesa estuvo llena. Entonces el olor de los chorizos llegó hasta la nariz del lobo. Este olfateó y miró hacia abajo; pero estiró tanto el cuello que no pudo sostenerse y comenzó a deslizarse... y siguió resbalándose hasta que cayó en la artesa y se ahogó. Y Caperucita Roja volvió alegre y feliz a su casa.

